

Precios de suscripcion.

En la Capital un mes una peseta.
Fuera tres meses. . . 3,25
» seis meses. . . 6,25
» un año. . . 12

El pago adelantado.

Se publica tres veces á la semana.

LA PROVINCIA,

PERIODICO DE NOTICIAS, LITERATURA, AVISOS Y ANUNCIOS.

Defensor de los intereses morales y materiales de la de Teruel.

Puntos de suscripcion.

Dirigiéndose al Administrador, calle del Instituto, 1.-2.º y en el Bazar de Novedades de Santos Lartiga, San Juan 3.

Anuncios y comunicados para los suscritores 5 cént. de peseta línea, para los que no lo sean 10 cént. de peseta línea.

La correspondencia general se dirigirá al Director de LA PROVINCIA D. César Ordax AVECILLA, calle de San Juan 54.
No se devuelven los originales.

Los libros, Revistas científicas y trabajos literarios para *Los Domingos de LA PROVINCIA* se remitirán al Director de esta Sección D. Joaquín Guimbo, Albarracín.
Nuestro periódico se ocupará de todas las obras que se nos remitan.

Hoy es el día designado para la llegada del nuevo Obispo de esta Diócesis, Ilmo. señor Dr. D. Antonio Ibañez Galiano.

Sacerdote virtuoso, afable y caritativo, y en contacto muchos años con las clases más necesitadas, en su calidad de cura párroco, será un excelente Obispo. Así lo esperamos y damosle nuestra más cordial y afectuosa bienvenida.

Pernoctará en la Casa Provincial de Beneficencia, según costumbre, y mañana hará su entrada solemne en la ciudad; y seguros de que nuestros lectores nos lo agradecerán, extractaremos á continuación el ceremonial que se observa en casos semejantes.

Una comisión del Excmo. Ayuntamiento, compuesta de dos individuos con el Secretario, esperaba en la venta de Concud, límite del término, donde se apeaba el Prelado y subía al coche de la Corporación que le conducía á su alojamiento.

Esto sucedió mientras los Obispos tuvieron palacio en Cella donde pasaban la noche anterior; pero desde que la Hacienda vendió esta clase de bienes, evitaron pasar por dicho pueblo; y aun cuando en Villarquemado ó Caudé habrían podido pernoctar, han hecho generalmente el viaje en la diligencia hasta la venta de Concud, donde son recibidos por una comisión del Ayuntamiento, en cuyo coche vienen hasta la Beneficencia donde les espera la Corporación Municipal.

Una comisión del Cabildo acude á saludar al Prelado y luego recibe las visitas de los Prebendados y personas de la ciudad á quienes el Ayuntamiento acostumbra invitar; y en seguida tiene lugar el refresco con que el Municipio le obsequia y á los allí reunidos.

Al día siguiente va una comisión del Cabildo y acuerda con el Prelado la hora en que ha de verificarse la entrada pública; cuya determinación se hace saber á la comisión del Ayuntamiento que baja también á cumplimentar al Obispo.

Si este decide hacer su entrada á pié desde la Beneficencia, baja todo el Ayuntamiento para acompañarlo; y si en su coche, solamente la comisión, esperando la Corporación á mitad de la calle de San Francisco, con quienes llega al altar que se levanta en el portal de Guadalaviar (del Salvador.)

Arrodillase el Prelado y despues de una breve oracion, viste la capa magna carmesí y se incorpora al Cabildo que lo recibe bajo pábulo, y así recorre la calle del Salvador, plaza y calle de los Amantes, hasta llegar al otro altar dispuesto en la puerta principal de la Catedral, donde en manos del Dean presta los juramentos de costumbre, y entra en la Iglesia á la derecha del Prete en el terno. Concluida la Antifona y el Tedeum, entona el mismo la oracion de la Asuncion.

Siéntase en el Presbiterio, dá un ósculo de paz á todos los Prebendados, á besar el anillo al Clero y Ayuntamiento, y despues se dirige á Palacio acompañado del Cabildo hasta la puerta, desde donde sigue con él el Ayuntamiento hasta el salon del oratorio episcopal.

Poco despues, al marcharse el Ayuntamiento, sale el Prelado al balcon, bendice á la muchedumbre y tira tres puñados de monedas de cobre y de plata, uno al medio del gentío, otro

á la izquierda y otro á la derecha, y se retira continuando sus familiares arrojando monedas breve rato.

Esto es lo acostumbrado; si bien en esta ocasion tendrá que alterarse el programa, porque el Prelado llegará por la carretera de Sagunto, donde le esperara la comisión del Ayuntamiento, acompañándole á la Casa de Beneficencia. En el día siguiente, no habiendo de alojarse S. Ilmo. por ahora, en Palacio, sino en el Seminario, aquí tendrá lugar el acto llamado vulgarmente bautizo.

NOTICIAS GENERALES.

Leemos en los periódicos de Madrid que ha sido nombrado rector del Instituto de Alfonso XII, Escuela general de Agricultura de la Moncloa, el ilustrado presbitero y elocuente orador sagrado, hijo de esta ciudad, D. Julio Montesinos é Ibañez, á quien no hace todavía tres años tuvimos ocasion de oír en esta catedral.

Lo único para que se le consideró *apto* durante su permanencia entre nosotros, como familiar del Prelado anterior, fué para espendedor de bulas, y esto porque tal cargo, por lo visto, daba poco de sí; que si hubiera proporcionado honra ó un regular provecho, no habria sido seguramente para nuestro paisano; á quien felicitamos por su nombramiento.

El día 15 del pasado mes se ha celebrado en Montpellier en la Escuela departamental una conferencia agrícola, versando sobre que clase de ingerto es conveniente á la vid americana. Tratada con suma lucidez esta cuestion, vino á reducirse á examinar las ventajas ó no del ingerto de púa, tan conocido en Francia como en España, ó el llamado ingerto inglés, para el cual se han ideado multitud de aparatos y pequeñas máquinas, que suplan la falta de destreza de los ingertadores.

La opinion se ha pronunciado por el de púa, alegando en su favor la pronta cicatrizacion de las heridas, ser muy rápida su ejecucion y poco costosa, teniendo la ventaja de que dá lugar con menos frecuencia al nacimiento de raíces de la parte adherida.

También versó la conferencia, sobre la edad á que se puede ingertar con ventaja la vid americana. Este segundo punto es casi unánime la conformidad de que el periodo preferible es el segundo año, ó sea al presentarse las segundas hojas.

También se ha reconocido que pueden ingertarse á su tercera, cuarta ó quinta hoja, pero en este caso la operacion es difícil, y exige precauciones para atenuar el exceso de sávia de las plantas vigorosas.

La época favorable para esta operacion varia según la localidad; parece natural escoger el tiempo en que la sávia empieza ascender, y no está aun en toda su fuerza.

Los representantes de los ferro-carriles han convenido con la comisión del centenario de Calderon, en hacer, durante la fiesta de Mayo una rebaja de 45 y de 60 por 100 respectiva-

mente en el precio de los billetes para los forasteros y las comisiones oficiales.

La comisión de la Cámara de los diputados en Francia, encargada de las tarifas de aduanas ha rechazado el aumento aprobado por el Senado sobre los vinos, alcoholes y cervezas.

CRONICA PROVINCIAL.

Por persona cuyos derechos le conceden la publicacion en LA PROVINCIA de cuanto estima por conveniente; pero sin prévio conocimiento de nuestro Director, vió en el último número la luz un suelto á la cabeza de la **Crónica Provincial**, haciendo algunas consideraciones sobre la reunion democrática celebrada en Alcañiz por el ex-diputado á cortes nuestro distinguido amigo Sr. Gimeno; en el cual, al designar los Jefes en esta provincia de los distintos partidos democráticos, se adjudica graciosamente á nuestro Director el Sr. Ordax-Avecilla, nada menos que el primer puesto entre los Jefes del partido democrático progresista á que se honra pertenecer; mas cumpliendo con un deber sacratísimo y á fin de evitar conjeturas y suposiciones, quizás calumniosas, debemos de esponer que las personas caracterizadas que figuran al frente del citado partido en esta provincia son los señores D. José M.^a Royo Ex-senador del Reino, D. Marcial Galindo. D. Francisco Castaneda y D. Tomás Ariño, Ex-diputados á cortes. El no residir ninguno de los citados señores en la capital y las importantes posiciones oficiales ocupadas por dicho Sr. Ordax es lo que sin duda alguna ha dado origen á señalarle tan distinguido como preferente lugar cuando no es, aunque á nadie cede en entusiasmo y consecuente amor á la idea, sino *el último soldado del mencionado partido*, pues ante todo es amante de la disciplina, base firmísima de toda seria organizacion política.

Nos consta de una manera indudable que la subasta del puente de Tastavius en la tierra baja, aparecida dias pasados en la *Gaceta*, cuya construccion yacia en un censurable olvido hace mas de seis años, se debe á la poderosa iniciativa del Sr. D. Francisco de Pedro Barón de Salillas, constándonos además sus incansables esfuerzos, de los que pronto quizás tendremos pruebas, en pró de los Ferro-carriles de esta provincia y las carreteras en proyecto, base del desembolvimiento de la riqueza pública y del porvenir de nuestro país. Grato nos es consignarlo.

AL ILUSTRISIMO SR. OBISPO,

EN EL DIA DE SU LLEGADA
á esta Capital.

I.

De fama envidiable
venis precedido.

El cielo permita
que en los nobles hijos
de Teruel halleis
el mismo cariño
que dejais en Yecla,
Señor Ilustrísimo.

Pesada es la carga,
y áspero el camino,
de prueba los tiempos
y de sacrificio;
es débil y poca
la fé en nuestro siglo;
la virtud se oculta
y campea el vicio....
Mas venis á un pueblo
leal y sufrido,
pues los teruelanos,
ahora y de antiguo,
son respetuosos,
dóciles, sumisos.

II.

Hay, sí, matrimonios
muy mal avenidos,
y es también la usura
medio socorrido
para, en cuatro días,
hacerse uno rico.
Hay lenguas que cortan
mejor que cuchillos
y honras despedazan
con atroz cinismo;
y háilas tan inmundas,
en grandes y en chicos,
que dá espanto oírlas,
Señor Ilustrísimo.

También hay varones....
tan poco aprensivos
que muy llano encuentran
y naturalísimo,
por lograr un cargo,
votarse á sí mismos.

Dos ó tres beatas
de las de prestigio
y un par de cofrades,
júntanse en concilio,
y salvo-conductos
libran gratuitos
para entrar de patas
en el Paraíso,
ó excomulgan fieros
á otros. ¡Pobrecillos!
si tales decretos
viéranse cumplidos!
mas por suerte suya,
la órden de exterminio
no hay quien la ejecute;
sinó..... ¡Jesucristo!
fueran á su lado
los nihilistas niños.

Hay quien eré en brujas
y en aparecidos,
y hay *saludadores*
que tienen prestigio
y son consultados
en cualquier conflicto.
Si el mulo está malo,
si enflaquece el niño,
si enferma la esposa,
si sufre el marido,
al *remedio* acuden
con todo sigilo,
para que su *gracia*
muestre, y es sabido
que en llevando pelo
del que está en peligro
y alguna bicoca
en plata ó en trigo,
con cuatro oraciones
en latín cernido
y unas yerbas secas
que bendice el mismo,
el mulo mejora
engorda el chiquillo,
la mujer *apita*,
cúrase el marido,
ó se mueren todos
porque Dios lo quiso;
pero en cualquier caso
no hay duda, es certísimo
que, tal ó cual día,
álguien *mal les hizo*
y eran todos presa
de los *enemigos*.

III.

Resabios tan ruines

y tan feos vicios
son de la ignorancia
naturales hijos,
ó de la malicia
frutos maldecidos,
cosecha que ofrece
campo sin cultivo.
Pero no hay malvados,
nunca los ha habido:
es la indole buena,
el pueblo sencillo;
mas lo esencial falta,
Señor Ilustrísimo.
Educacion falta,
instruccion lo mismo;
la juventud crece
en fatal descuido;
y buenos ejemplos
hay pocos, poquíssimos.

Falta mansedumbre,
falta sacrificio,
abnegacion falta
en los elegidos
que ocupan, Señor,
lugar preferido.
Apegados viven,
mas de lo preciso,
al mundo y sus cosas,
y dan al olvido
las sábias doctrinas
del Maestro divino.
No dan los que deben
ser espejo limpio,
ejemplos que sean
de imitarse dignos:
guíalos la envidia
y el ruin egoísmo.
Unos por ineptos,
otros por malignos,
estos ambiciosos,
aquellos mezquinos,
sin caridad muchos,
y vanos muchísimos,
Señor, no edifican,
y triste es decirlo,
no dan luz, la quitan.....
no imitan á Cristo.
Y aunque haya escepciones,
que las hay, de fijo,
ocúltanse humildes,
que siempre se ha visto,
la virtud modesta
descarado el vicio.

Si están los de arriba
tan desavenidos
y sus pasioncillas
vé el hombre sencillo:
Si son tan soberbios,
tan poco sumisos
y en su pecho arraiga
el rencor maldito.....
¿Qué hará el ignorante,
Señor Ilustrísimo?
Si los altos pecan,
¿qué harán los chiquitos?
Si el rico es avaro
ruin será el méndigo:
si el padre es vicioso
¿qué serán los hijos?

IV.

Fama irreprochable
os ha precedido,
hermosas virtudes,
sentimientos ricos
y santos deseos
teneis... ¡Bienvenido!
Pesada es la carga,
y áspero el camino,
inculto está el campo,
Señor Ilustrísimo;
mas vuestra fé es grande,
y con el auxilio
de Dios, dará el campo
frutos escogidos.

Y en tanto roguemos
al cielo benigno
que el nuevo Prelado
que hoy viene á regirnos
continúe siendo,
como hasta hoy ha sido,
de santas virtudes
un ejemplo vivo.

3 de Abril 1881

Un Teruelano.

Precios del Almudi.

	Doble Decálitro.	Fanega.
	Pesetas cénts.	Pesetas Céntimos.
Chamorra su-		
perior.	3,87	8, á 8,12
Chamorro.	3,75	7,75 á 8,
Candeal.	3,75	7,75 á 8,
Geja.	3,25	6,75 á 7,
Royo.	3,25	6,75 á 7,
Morcacho.	2,12	5, á 5,50
Centeno.	1,80	, á 3,78
Cebada.	1,62	3,50 á 3,75

Depósito municipal.

	Pesetas	Cénts.
Aceite	los 13 kilógs. de	14,50 á 15
Arroz.	Idem. de	5,75 á 6
Patatas.	Idem. de	1,25 á 1,50
Jabon de Teruel.	Idem. de	14 á 14,50
Idem de Albalate	Idem. de	14,50 á 15
Agdte. usual.	los 11 litros. de	7 á 7,50
Vino blanco.	los idem.	á 7
Petróleo, lata.	de 18 litros.	á 10

Teruel 2 de Abril de 1880.

SECCION RELIGIOSA.

SANTO DE HOY.—San Benito de Palermo.
SANTO DE MAÑANA.—San Vicente Ferrer.

Imp. de LA CONCORDIA, á c. de Marin, Molis y Castillo.
San Juan 35.

ANUNCIOS.

LOTERIA NACIONAL.

Sorteo extraordinario que se ha de celebrar en
Madrid el día 7 de Abril de 1881.

Ha de constar de 12.000 billetes, al
precio de 250 pesetas cada uno, divididos
en décimos, y por consiguiente á razon de
veinticinco pesetas la fraccion ó décimo.

Los premios han de ser 630, impor-
tantes 2.190.000 pesetas, distribuidas de
la manera siguiente:

Premios.	Pesetas.
1 de.	500.000
1 de.	250.000
1 de.	125.000
1 de.	100.000
2 de 50.000.	100.000
42 de 5.000.	210.000
576 de 1.500.	864.000
2 aproximaciones de 10.000 pesetas cada una para los números anterior y posterior al del premio mayor.	20.000
2 id. de 6.000 id., para los números anterior y poste- rior al del premio segundo.	12.000
2 id. de 4.500 id., para los números anterior y poste- rior al del premio tercero.	9.000
630	2.190.000

Se hallan á la venta en la Adminis-
tracion de Loterías, única en esta capital,
San Juan número 1.

Dirigirse para los pedidos á D. Domín-
go Mediano, Administrador.

LA FIEBRE A BORDO.

(Relato de viaje.)

Cruzábamos el Océano Atlántico y nos hallábamos a la altura de los Azores.

Era á fines de Octubre del año 1859.

El buque en que navegábamos era un magnífico vapor de ruedas, de la *Atlantic Royal mail steam ship navigation company*, lo cual traducido al castellano, quiere decir: «Real compañía de vapores de navegacion en el Atlántico.»

Nuestro vapor se llamaba *El Plata*, y en él íbamos cerca de 200 pasajeros.

Como era pleno otoño, el frío se dejaba sentir, y nosotros que regresábamos del Sur América, volvíamos despues de seis años, á experimentar esa sensacion indefinible y penetrante que se apodera de uno, cuando en los dias frios sale de las habitaciones calientes á la calle.

Pocos eran los que se aventuraban á pasear sobre cubierta, como hacíamos en dias anteriores.

Antes era gratisimo recostarse en los bancos de la cubierta, y contemplar silenciosos las olas del mar, suave ó rudamente movidas por el viento, que ora lamia, ora azotaba los costados del buque; bien como el amante celoso trata, unas veces con halagos y otras con dureza, á la beldad que le inspira la delicia del amor ó el tormento de los celos.

Ya no aparecía puro y diáfano el horizonte; ya no se pintaban en él esas ráfagas de púrpura y oro, con que la puesta del sol recamaba el azul del cielo.

Una atmósfera de plomo parecía pesar sobre *El Plata*.

Los pasajeros íbamos en el gran salon-comedor, rodeado de divanes, sobre los cuales, unos leían, otros fumaban; pero todos serios, graves, meditabundos, tristes y sombríos.

Yo era entonces muy jóven; pero el recuerdo de aquellos dias no deja de renovarse en mí, siempre que el otoño tiende sus pardas y frescas alas sobre la tierra.

Iba entretenido en leer las obras de Shakespeare, el príncipe de los poetas dramáticos de todos los siglos y todos los paises.

Rodeados de hijos de Albion, en alta mar, en la atmósfera húmeda de las nieblas otoñales, la misteriosa, terrible y simpática figura de Hamlet, tomaba cuerpo y voz para mí.

Le oía hablar, tierno y sumiso, de amores con Ofelia; terrible, con los asesinatos de su padre; respetuoso y conmovido, con la sombra de éste. Decía con lenta y profunda voz aquellas palabras sentenciosas: «*To be or not to be: that is the question!*» y para reflexionar sobre el gran principio que encierran, dejé el salon, y subí á cubierta.

Allí quedé mudo, absorto, inmóvil.

Presencié uno de los actos que más impresion me han hecho en mi vida.

Era un cuadro imponente y aterrador: un cuadro de esos que llegan al alma.

Cuatro marineros, con los gorros quitados, llevaban en hombros un bulto envuelto en la bandera inglesa; por su rigidez y las sinuosidades de su contorno, comprendí que aquel bulto era un cadáver.

Además, el grupo que le rodeaba, compuesto del ministro protestante, el capitán y los oficiales del buque, y marineros, descubiertos todos, y con rostro severo y grave, me revelaban que se trataba de dar sepultura á un fallecido á bordo.

Con profundo acento leía el ministro protestante el oficio de difuntos, y los que acompañaban al cadáver, respondían de cuando en cuando, en voz baja, un triste *Amen*.

Terminadas las preces, se adelantaron los marineros que llevaban en hombros el cadáver, y acercándose á uno de los portales laterales, arrojaron al mar su triste carga, pesada por todos conceptos, que en cada uno de los extremos iba atada sólidamente una bala de cañon de grueso calibre.

Abrióse el abismo, tragó los mortales despojos, sin dar de ello mas señal que unas ondas circulares, como las que se forman en un rio ó en un estanque al arrojar una piedra.

Poco duraron las ondas, cuya pequeñez era á

la inmensidad del mar, como la vida humana á la eternidad del tiempo.

Sobrecogido de terror,—sí; lo confieso, estaba aterrado!—no supe en el primer instante darme cuenta de lo que habia visto; pero como yo era uno de los pocos pasajeros que entendían el inglés, y el único que habia visto la terrible ceremonia, me enteré, recogiendo de aqui una palabra, de alli otra, frases entrecortadas, conversaciones que acaban al aproximarme á los interlocutores, me enteré de que *¡teníamos la fiebre amarilla á bordo!*

¡La fiebre! Estas palabras me zumbaban continuamente en los oidos, no dormía tranquilo, no tenía ganas de comer, ni de leer, ni de jugar, como los demás pasajeros, felices, en su ignorancia de lo terrible de nuestra situacion.

Y yo estaba condenado á devorar en silencio mis temores y mis sobresaltos.

Al fin me dirigí al capitán; le dije que sabia que teníamos á bordo la terrible epidemia, y deseaba saberlo todo, ya que conocía la parte más dolorosa.

Entonces el capitán, que no podía ocultarme lo que pasaba, me dijo que llevábamos ya quince muertos de la fiebre, todos los cuales habian sido sepultados en el Océano, forzoso cementerio de los marinos.

La primer victima de la plaga que nos affigia, aquel á quien yo habia visto hundirse en el mar, habia sido un oficial de la marina inglesa, que, habiendo recibido un ascenso en su honrosa carrera, iba á pasar tres meses de licencia al lado de su familia, y aun parece que á casarse en Southampton, punto donde tenía su casa y adonde nosotros debíamos desembarcar, como término de nuestro viaje.

Este infeliz oficial, jóven de unos veintiseis á veintiocho años, era de una constitucion robustísima,—que en ellas suele con preferencia hacer presa la fiebre,—y muy simpático. Yo me habia hecho amigo suyo, y solíamos jugar al ajedrez y pasear juntos.

Juzguese, pues, cual seria mi sentimiento.

Y si á la terrible epidemia se le agrega que por dos ó tres dias tuvimos un temporal fuerte, que las olas azotaban los costados del buque, pareciendo que iba á zozobrar; si todo esto se reune, se calculará el angustioso estado de mi ánimo.

Dos ó tres dias despues de la muerte del oficial, en cuyo periodo de tiempo fallecieron hasta veinte personas, cayó enferma una jóven inglesa que iba acompañada de una tia suya, y hacia el viaje desde Santhomas.

Como ya en la mesa habian todos echado de ménos la enfermedad de la jóven inglesa, que era un tipo de belleza delicada, uno de esos tipos que tan admirablemente han trazado Shakespeare, Milton y Byron; de largos y sedosos cabellos rubios, grandes y dulcísimos ojos azules, esbelto talle y tez nacarada.

La noche del dia en que la jóven cayó enferma, todos lo supieron, y se enteraron además de que estaba acometida por la fiebre.

¡La fiebre!

Por todas partes se oía pronunciar con espanto esta palabra, y todos los rostros manifestaban el malestar del ánimo, la aprension y el miedo.

Afortunadamente llegamos á Southampont á los dos dias.

La jóven inglesa, que estaba agonizando veinticuatro horas antes, se habia mejorado un poco, y esto, y la influencia de un alto funcionario diplomático inglés, que con nosotros venía, y que ya —¡pobre amigo!—no existe, nos libró de pasar la cuarentena en la isla de Wight, situada á la entrada del puerto.

La primera persona, que, despues de la comision de sanidad, vino al vapor, fué un hermano del malogrado oficial de marina.

El capitán, que salió inmediatamente á recibirle, comenzó á prepararle á saber la fatal nueva.

Todos los que presenciamos cómo se nublaba por momentos aquel semblante, pocos segundos antes tan alegre, todos los que vimos correr por sus mejillas aquellas ardientes lágrimas, y escaparse de aquel pecho hondos y mal comprimidos ayes, no pudimos contenernos, y aun los más fuertes sintieron arrasárseles los ojos en lágrimas.

—¿Qué les digo yo ahora á mis padres? esclamaba. ¡Pobre hermano mio! Y los sollozos le ahogaban la voz en la garganta. ¡Qué horrorosa enfermedad! Y salió del vapor en brazos de un marinero que iba sosteniéndole.

Efectivamente es una enfermedad horrorosa la fiebre amarilla, mucho más horrorosa aun cuando acomete en alta mar á bordo un buque.

Yo jamás podré olvidarme de las angustias que entonces pasé; porque, lo repito, no hay tempestades ni siniestro alguno comparable al de la fiebre á bordo.

A. AVILÉS

SERENATA MORISCA.

MOTE.

Búcaro fresco—lleno de flores
Jarron chinesco—lleno de aromas,
Fuente escondida—de ruiseñores,
Sombra querida—de las palomas,
Idolo casto—de mis amores,
Si oyes mis quejas,
¿Por quién me dejas
Que no te asomas?

ESTROFA PRIMERA.

De todos sabes que eres querida,
Por todos sabes que eres hermosa;
Cual tú un misterio tengo en mi vida,
Que saber debe solo mi esposa.
El pecho firme que solicitas,
El alma entera de tu alma hermana,
El ser amante que solicitas,
Yo te los traigo, garza gitana.
Sin bien, sin nombre, con fé y espada,
Yo lo soy todo, yo no soy nada.

Azucena es mi madre
Del paraíso:
Réprobo fué mi padre
Que Dios no quiso.
Yo fui engendrado
Por el amor de un angel
Y un condenado.

El mundo entero quien soy ignora,
Yo soy el alma que á ti te adora;
Yo maravilla—con faz humana,
Soy tu sombra en Sevilla,
Tu alma en Triana.

ESTROFA SEGUNDA.

Yo, de mi estirpe miembro postizo,
Nací en el odio de quien me hizo:
Tronco sin ramas, sin deudos hombre,
No tengo raza, ni hogar, ni nombre.
Ni soy villano, ni caballero,
Ni nada tengo, ni nada espero:
Solo á ti amo: tú eres mi suerte:
En tí se cifran mi vida y muerte.
¿Quién soy, Aurora? Nadie lo sabe.
Réprobo ó angel, todo en mí cabe.
De la luz que reflejas
Soy mariposa,
De la miel que en pos dejas
Abeja ansiosa:
Es tan profundo
Mi amor, que sin tí encuentro
Vacío el mundo.
Viviente enigma, yo soy, Aurora.
La alma que buscas, la que te adora;
Yo, á quien humilla—pasion tirana,
Soy tu sombra en Sevilla,
Tu alma en Triana.

ESTROFA TERCERA.

Esclavo ciego de tus antojos,
Cuanto tú no eres tengo en olvido,
Cuanto tú no eres me causa enojo;
Y no sé cómo sin tí he vivido.
Dios puso en ambos la misma esencia;

Tu alma se alberga de mi alma dentro,
Y ambos con una sola existencia
Tu alma á la mia guarda en su centro.
¿Quién soy, Aurora? Nadie lo sabe.
Mas si me amas, solo en mí cabe.
Como tú busco un alma
Firme y segura,
Como la mia en calma,
Como ella oscura.
Un alma fiera
Que cual yo, al universo
su amor prefiera.
Si ese alma tienes, que mi alma ansia,
Dame tu alma, toma la mia;
Y maravilla—de dicha humana,
Tendré un alma en Sevilla
Y otra en Triana.

MOTE.

Búcaro fresco—lleno de flores,
Jarron chinesco—lleno de aromas,
Fuente escondida—de ruiseñores,
Sombra querida—de las palomas,
Idolo casto de mis amores;
Si oyes mis quejas,
¿Por quién me dejas
Que no te asomas?

José ZORRILLA.

A TI.

Do quiera mis ojos giro,
de tu imagen dulce encanto
nuevas veldades admiro;
y es, niña, que te amo tanto,
que por mirarte deliro.

En la solitaria flor
que cercada de verdura
sus petalos con temor
desplega al bello candor
contemplo de tu alma pura.

En el sol que en luz bañando
al universo da vida
las bellas flores dorando,
tu amor estoy contemplando
que anima á mi alma abatida.

En el céfiro que azorado
cruza la selva frondosa
de aromas embalsamado,
siento el halito exalado
por tu boca primorosa.

En la fuente que riendo
cubre el prado de cristales
de agua esparciendo raudales,
lo que inundan estoy viendo
tus sonrisas celestiales.

En la nube que oscurece
del sol la brillante cara,
la oscuridad que reinara
en mi alma ver me parece,
si tu amor ¡ay! me faltara

En las gotas de rocío,
que Febo ardiente, á beberlas
sus rayos dirige impio,
estoy mirando bien mio,
tus dientes, preciosas perlas.

Si la noche tenebrosa
tiende su negro capúz,
en la estrella mas hermosa
contempla mi alma dichosa,
de tus ojos clara luz.

¿Y qué mas?... En cualquier parte
te miro, niña adorada;
¿y cómo no he de mirarte,
si vivo para adorarte,
y sin tí mi alma no es nada?

F. y V.

Zeruel 1880.

EL MEJOR RECUERDO.

Grato, muy grato es tener
recuerdos de niña hermosa,
mas yo de ti poseer
tan solo anhelo una cosa...

No perlas, no prendas de oro,
ni menos diamantes bellos,
para mi es mejor tesoro
un rizo de tus cabellos.

Que como él acaricié
tu frente á la par que yo,
feliz me hará recordar
aquel venturoso amor
que nuestras almas unió

Antonio GASCON.

EL GRAN GALEOTO

de D. José Echegaray.

Madrid 23 Marzo de 1881.

Éxito grandioso, como pocos obtuvo el estreno del nuevo drama del Sr. Echegaray, verificado la noche del sábado 19 y que lleva por título «El gran Galeoto.» Todas las censuras que hayan podido dirigirse á Echegaray, las diversas maneras que estos ó los otros críticos hayan tenido hasta hoy de apreciar su talento verdaderamente extraordinario; los reproches que haya podido merecer por el giro que hasta hoy haya dado á su génio, todo desaparece ante el triunfo colosal del sábado. Las gentes le llaman ya «el nuevo Calderon,» y el caso es que merece el calificativo. Pero, de todos modos, bien se está con su nombre: se llama Echegaray, es decir, génio, y basta. En otro tiempo, cuando solo era ingeniero de caminos, y sus obras, de gran estima en el mundo científico, servían de texto en el extranjero, solo era conocido y admirado por los hombres graves, que se dedican al estudio de los problemas científicos: hoy, como Shakespeare, como Calderon, es aclamado, soberano del pensamiento, por las multitudes.

El fin de la obra no puede ser más trascendental, ni la manera de haberla llevado á cabo, más grandiosa. Se trata en ella de acriminar un vicio que está diluido en la masa social entera, del que todos tenemos algo, y al que todos contribuimos en grande ó pequeña escala. Hay una familia feliz: el prestigio, el honor y la virtud la envuelven: entre sus miembros todo es confianza. De pronto un incidente, una circunstancia cualquiera hacen que el cuadro cambie. Una lengua murmuradora se aprovecha de aquel incidente: le trastorna: le da la forma que los enemigos de toda reputación dan á sus calumnias; el virus corroe y el veneno se difunde, y al cabo de cierto tiempo aquella felicidad y aquella armonía están desechas, y trocadas por el odio, la sed de venganza, y frecuentemente el asesinato. No hay peor enemigo de los hogares tranquilos y de las reputaciones puras, que ese señor, que tiene un nombre tan largo, y al que las gentes llaman «lo dice todo el mundo» Echegaray, que tiene por lo general este valor, ha cogido el vicio de frente, le ha atacado, lo ha destrozado, y se lo presenta al público jadeante y rendido. Pero como quiera que el teatro, en mi entender, no tiene en las costumbres más que una influencia indirecta, la obra quedará, como una de las grandes joyas del pensamiento moderno, pero el vicio quedará también, como una de las grandes úlceras de esta sociedad corrompida é hipócrita, en medio de la que vivimos.

Reseñaré á grandes rasgos el argumento de «El gran Galeoto,» para que pueda juzgarse con qué acierto, con qué sobriedad, y con qué naturalidad al mismo tiempo, está atacado el vicio social, contra el que está escrito el drama. Hay una familia feliz: Ernesto, muchacho simpático, vive en compañía de sus protectores, los señores de Garagarza. Tiénenle estos como hijo, y él se comporta como tal. Al padre de Ernesto debele D. Julian Garagarza su fortuna, y no es extraño le quiera con arraigado cariño. Solo ligeras nubecillas empañan de vez en cuando el puro cielo de aquella casa. Ernesto, que tiene sentimientos delicadísimos, cree que es un gravámen para su protector; se lo dice, y le manifiesta hallarse dispuesto á abandonar aquella casa querida, para ir á buscar medios propios de subsistencia, D. Julian, con no menos

delicadeza, para que no realice plan semejante, le propone quedarse en su casa de secretario. Le dará mucho trabajo y retribucion escasa. El jóven consiente, y se queda, á lo ménos temporalmente.

Pero D. Julian tiene un hermano, que se llama D. Severo, nombre muy adecuado. ¡Cuántos D. Severos hay en el mundo, que no saben arreglar su casa y quieren poner órden en la agena! Este D. Severo tiene una esposa, que se llama Mercedes, y un hijo, que se llama Pepito. Esta respetable familia, representa el «se murmura» la opinion social tan calumniadora como hipócrita. Don Severo se presenta á su hermano y le asegura que se cuenta que Ernesto ama á Teodora; D.^a Mercedes hace idéntica revelación á Teodora, y Pepito, á Ernesto. Considérese el efecto que en los tres personajes hará declaración semejante. Pero don Julian, leal y bueno, no lo cree, y en prueba de ello hace á Teodora que dé el brazo á Ernesto, para pasar al comedor. Pero cuando los ve juntos, hermosos, jóvenes la vívora de los celos se desliza en su corazon. ¿No podrán amarse?

Ernesto se marcha de casa del banquero: no puede permanecer en ella desde el instante en que Pepito le ha comunicado la murmuración que corre por la villa. Pero D. Severo, que no abandona su pensamiento concluye porque su hermano tenga verdaderos celos de su mujer y la trate duramente. Pepito se presenta de pronto y refiere que Ernesto va á batirse con un cierto vizconde, por una querrela que con él ha tenido, relativa á las noticias de amor que sobre él y Teodora circulan. D. Julian se enfurece, y sale decidido á ser él, el que se bata con el vizconde. Teodora llega á enterarse del desafío, y corre presurosa á la morada de Ernesto, para evitarle. Se niega, como es natural, aquel. Pero, en tanto, D. Julian ha buscado al vizconde de Nébreda, y ha concertado con él el desafío. Mientras Teodora suplica á Ernesto, llega don Julian y se bate con el vizconde en el piso desalquilado de la misma casa, en que el vizconde y Ernesto tenían concertado batirse. Pero D. Julian es herido. ¿Dónde llevarle, desangrándose como está? A casa de Ernesto. Entran D. Severo y Pepito, sosteniendo al banquero, y Teodora se encierra en la alcoba. Pero hay que acostar al herido. Ernesto defiende un instante la puerta pero cede al fin. D. Julian toca en el dintel de ella, y cae desplomado. Ha visto á Teodora.

El tercer acto es profundamente patético. Ernesto vá á saber como está su hienhechor, don Severo pretende arrojarle de allí, pero él se niega á salir, mientras Teodora no se lo diga. Nueva prueba de culpabilidad para D. Severo. Teodora se lo dice, pero con dulzura; D. Severo la recrimina por su falta de dureza; D. Julian, al oír los gritos, aparece moribundo. Teodora se asusta y trata de huir; síguela Ernesto; D. Julian ya cierto de una deshonra que no existe, abofetea á Ernesto, y muere á seguida en medio de espantosa agonía. D. Severo arroja á Teodora de su propia casa, y Ernesto entónces la coje en sus brazos y la saca de aquel lugar de muerte.

Tal es el extracto del argumento.

Que «El gran Galeoto» no tiene defectos, no puede decirse, tratándose de una obra humana; pero no los hay en Shakespeare, Calderon y Victor Hugo? Carácter, personajes, situaciones, verificación, todo es magnífico en el drama de Echegaray. La obra está precedida de un diálogo en prosa, bastante innecesario por cierto. El poeta tuvo miedo de no alcanzar un éxito, y antes de que comenzara el drama, quiso enterar al público de la trascendencia de su pensamiento. Quizá hubiera sido mejor no enterarle.

Público, prensa, escritores, artistas discurren la manera de mostrar á Echegaray su entusiasmo. *La Epoca* y *El Liberal* han abierto una suscripción para regalarle un objeto de arte. La multitud, cuando terminó el último acto, invadió el saloncillo de autores, y aclamó frenéticamente al poeta. Despues le acompañó con hachones de viento hasta su casa del barrio de Argüelles, donde le vitoreó, concluyendo por darle una serenata. Si el arte es la religion de los iguales, como ha dicho Victor Hugo, Echegaray ya lo es del poeta, cuyo centenario va á celebrarse pronto.

Andrés Sanchez del REAL.

(Mercantil Zaragozano.)